NOTAS

Socialismo y Republicanismo en los años treinta

ANTONIO GARCÍA SANTESMASES
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Se trata de un tema sobre el que llevo reflexionando muchos años y al que no dejo de darle vueltas. Volver a aquellos años ayuda a entender muchas de las cosas que han ocurrido después. Creo, por lo demás, que socialistas y republicanos realizaron, en los largos años de exilio, una continua reflexión acerca del sentido de la nación, de la patria que habían dejado atrás y en torno a la identidad que debía tener el socialismo de cara al futuro. ¿Qué lugar debería jugar la república en todo el proyecto de ruptura con la dictadura y de acceso a la democracia? Este es un tema de singular interés que no se puede despachar alegremente como, desgraciadamente, se hizo en demasiadas ocasiones durante los años de la transición.

I) Una primera mirada a unos años dramáticos

Quizás convendría comenzar diciendo que, a pesar de todo lo publicado, no podemos llegar a entender lo que significó para el movimiento obrero europeo asistir a la destrucción de las organizaciones, las instituciones y las tradiciones que tanto había costado construir. El socialismo alemán seguía siendo una referencia esencial para toda la izquierda europea. En la mente de los viejos cuadros socialistas permanecía el recuerdo del debate de principios de siglo entre Bernstein, Kautsky y Rosa Luxemburgo sobre la reforma y la revolución. Igualmente estaba presente el debate entre Lenin y Kautsky acerca de la democracia y la dictadura del proletariado. Estas viejas querellas, que habían dividido al movimiento socialista acerca de la vía democrática y la vía insurreccional, volvieron a aparecer en los años treinta con toda intensidad.

Tras la consolidación del Fascismo en Italia y el avance del Nazismo en Alemania, comenzó a prevalecer la tesis de que lo prioritario era preservar las instituciones democrático-parlamentarias. Ello provocó el giro de la Internacional Comunista que comenzó a defender la necesidad de crear grandes alianzas antifascistas que tenían como objetivo preservar la democracia liberal frente a la dictadura fascista. Este giro sólo se produjo a partir de 1935 y comenzó a visualizarse en los triunfos del Frente Popular en España y en Francia en 1936. Hasta llegar a ese momento el movimiento obrero vivió dramáticamente el derrumbe de la socialdemocracia en Alemania y en Austria y el fracaso de la huelga general insurreccional de 1934 en España.

Antes de llegar a la política de los Frentes populares hay un gran debate en el socialismo español que se puede conocer estudiando la evolución de la revista *Leviatan*. Esta revista, dirigida por Luis Araquistain, reflexiona acerca de la experiencia de Italia en los

años veinte y de las masacres producidas en Alemania y en Austria y se preguntaba si todo ello no viene a demostrar la imposibilidad de una vía democrática al socialismo. Es en ese contexto en el que comienza a cuajar la idea de Largo Caballero de que ante la violencia sólo caben tres actitudes: la actitud pacifista del que está dispuesto a poner la otra mejilla; la actitud beligerante del que cree que, llegado el momento, hay que saber responder y utilizar la legítima defensa; y la tercera actitud, por la que optará Caballero: hay que saber adelantarse, hay que actuar preventivamente antes de que el enemigo dé un paso adelante y arrumbe con todas las conquistas de los trabajadores.

Esta violencia preventiva es la que no ejercieron los socialistas alemanes y los socialistas austríacos y es la que provocó que fueran derrotados estrepitosamente. Largo Caballero se conjuró para que no le ocurriera lo mismo al proletariado español. Había que adelantarse e impedir que la CEDA entrara en el gobierno republicano. También Hitler había ganado el poder a través de las urnas y había acabado con cualquier vestigio de parlamentarismo. No era momento de esperar con los brazos cruzados a que los verdugos se encaramaran en el poder y suprimieran las libertades.

Hacer uso de la violencia preventiva implicaba dos cosas; en primer lugar, romper con la estrategia desarrollada por el partido socialista desde sus orígenes, y en segundo caracterizar a la CEDA como un partido equivalente al nazismo, es decir con un partido capaz de arrumbar con el sistema de libertades. Las dos cuestiones provocarán largos y apasionados debates en el mundo del socialismo en los años posteriores a octubre del 34, en los años anteriores a la guerra civil y en las lecturas sobre el origen del conflicto y sobre las causas de la derrota producidas en el exilio, en la transición a la democracia e incluso en el momento actual.

¿Por qué aquella estrategia rompía con la tradición del PSOE? El Partido fundado por Pablo Iglesias era un partido fundamentalmente obrero. Iglesias siempre tuvo la preocupación de mantener la identidad específica del partido frente a los republicanos y frente a los anarquistas. Frente a los republicanos, porque quería defender la especificidad de un partido de clase que no quedara subsumido en la polémica entre republicanos y monárquicos por la forma de Estado o por el lugar de la religión; siendo el socialismo republicano y contrario al clericalismo, era algo más, era un partido anticapitalista. Un partido anticapitalista que combatía en el mundo sindical para organizar a los trabajadores a través de la UGT pero que, a diferencia de los anarquistas, no quedaba circunscrito a la tarea sindical, al propiciar un entendimiento entre el campo sindical y el campo político-institucional.

Sólo a partir de los sucesos de 1909 autorizará Iglesias una aproximación a los republicanos y sólo entonces se producirá la alianza que permitirá al propio Pablo Iglesias llegar por primera vez a diputado. Este aislamiento obrerista y su marcado carácter internacionalista alejarán del partido socialista a muchos intelectuales que querían un compromiso más activo en relación con los asuntos nacionales. Pensemos en el joven Ortega que, tras elogiar a Pablo Iglesias como un santo laico, propone al partido socialista que asuma el papel europeizador que España necesita, que olvide el internacionalismo proletario y articule un proyecto nacional.

Cuando se produce la huelga general de 1917, y llegan a nuestro país los ecos de la revolución de octubre, una nueva generación va tomando el poder en el PSOE aunque Iglesias no fallezca hasta 1925. En esta nueva generación aparecen tres posiciones que

van a marcar la política socialista hasta el trágico final de la guerra civil. La primera posición es la que defiende Julián Besteiro. Besteiro representa la continuidad más estricta con el pensamiento de Iglesias: lo fundamental es organizar a la clase trabajadora y no distraer la atención de los socialistas en tareas que corresponden a los políticos burgueses, aunque éstos sean liberales o republicanos.

En segundo lugar, tenemos la posición de Largo Caballero, que coincide con Iglesias y con Besteiro, que da primacía a la organización de los trabajadores, que entiende que el papel de los socialistas en las instituciones parlamentarias es utilizarlas para propagar las ideas socialistas, para que hagan de caja de resonancia del mensaje de los trabajadores, pero que, a partir de un determinado momento, va a coincidir con la posición de los socialistas propicios a un entendimiento con los republicanos para posibilitar el cambio de régimen político. Esto sólo se producirá a finales de los años veinte.

La tercera posición es la que defienden aquellos socialistas, como Fernando de los Ríos o como Indalecio Prieto, que apuestan por una combinación entre la organización de los trabajadores y el entendimiento con los republicanos para ir transformando la estructura política de nuestro país: para afrontar no sólo el cambio en la forma de Estado sino también la cuestión religiosa, la cuestión catalana, la cuestión militar, la reforma agraria; para hacerse cargo en definitiva del programa que dará sentido a la segunda república española.

A partir del 14 de abril de 1931 la posición de Besteiro va quedando en minoría. Bien es cierto que, dada su gran personalidad, es el presidente de las Cortes Republicanas durante el primer bienio y que sigue siendo diputado en las distintas convocatorias; Besteiro participa en algunos de los debates intelectuales que agitan al socialismo español, pero su posición de rígida independencia de cualquier compromiso con las fuerzas republicanas no es secundada por el conjunto de la organización.

El acuerdo mayoritario se va a dar entre las dos almas del socialismo español, entre el sector que representa a la Unión General de Trabajadores en la persona de Francisco Largo Caballero y en el sector que representa a los socialistas más cercanos al republicanismo, en la persona de Indalecio Prieto. Prieto como ministro de Hacienda y de Obras Públicas; Fernando de los Ríos como ministro de Justicia; y Francisco Largo Caballero como ministro de Trabajo son las figuras que van encarnando la colaboración de los socialistas con las instituciones republicanas. Los tres son reformistas y los tres consideran que hay que ir consolidando reformas en el campo de los derechos cívicos y en el mundo de los derechos económico-sociales.

Son los momentos de esperanza, de ilusión, de optimismo. Momentos en los que cree derrotada políticamente por mucho tiempo a la derecha española. Y es aquí donde está uno de los temas sobre los que tenemos que reflexionar: ¿Cómo llegó la CEDA a encarnar la representación política de la derecha española? ¿Qué tipo de partido era la CEDA? ¿Era un partido fascista que justificaba la convocatoria de una huelga general revolucionaria que impidiera su llegada al poder?

Si uno piensa en lo ocurrido después de la segunda guerra mundial y en la esperanza en acabar con la dictadura de Franco mediante un pacto entre socialistas (Prieto) y democristianos (Gil Robles) que posibilitara la vinculación de España a la victoria de los países democráticos frente al nazismo, no cabe duda que esa caracterización de la CEDA le puede parecer sorprendente. ¿Cómo imaginar que el aliado de los años

cuarenta fuera el temible adversario de octubre del 34? Esta perplejidad aumenta si pensamos en que uno de los ministros que entró en el gobierno en aquellos momentos fue Manuel Giménez Fernández que, con el tiempo, evolucionaría hasta convertirse en un insigne representante de la oposición moderada al franquismo en los años sesenta.

Por ello es imprescindible situarse en aquellos momentos, en los terribles años treinta. La percepción que tenían los socialistas era que dar paso a la CEDA significaba permitir la entrada en el gobierno de la república de un partido que no aceptaba la constitución del 31, que era antirrepublicano. Todos coincidían en esta repulsa. Las diferencias se planteaban a otro nivel: ¿Había que responder a esa entrada con una protesta parlamentaria? ¿Había que ir a una huelga obrera? ¿Cuál era el paso a dar para transitar de una huelga general a una actividad insurreccional?

II) La prueba de fuerza en octubre del 34

Para los protagonistas octubre del 34 se saldó con un fiasco en el conjunto del país con la excepción de los sucesos ocurridos en Barcelona y en Asturias. En Barcelona los hechos terminaron pronto, mientras en Asturias la resistencia de los trabajadores y la represión de los militares duró mucho más tiempo. Pero Asturias quedó aislada, la revolución fracasó y a partir de ese momento las dos interpretaciones que habían dominado el debate dentro del socialismo volvieron a aparecer en toda su intensidad.

Para la interpretación de los socialistas proclives a un acuerdo con el republicanismo todo lo ocurrido mostraba la necesidad de no volver a incidir en el error del otoño del 33: había que volver a conseguir el entendimiento con los republicanos de izquierda; no se podía ir por separado a las elecciones. Esta perspectiva va a adquirir una gran relevancia a partir de lo ocurrido en Barcelona y de la actitud ignominiosa de la derecha contra Manuel Azaña. Quien se acerque a las páginas de *Mi rebelión en Barcelona* puede entender mucho de lo que pasó en España en aquellos meses de octubre del 34 hasta que, desenmascarada la operación contra Azaña, éste emerge como la gran figura de 1935 y sus *Discursos en campo abierto* muestran su enorme capacidad para movilizar a las masas republicanas, para recuperar el espíritu de la república del 14 de abril, para volver al espíritu fundacional, para derrotar en las urnas a los que han utilizado las instituciones republicanas para pervertir el sentido de los principios constitucionales. Para los que pensamos que con el tiempo va quedando claro que la gran figura política de la España del siglo veinte es Manuel Azaña, esta perspectiva era la que había que haber seguido. Volver a la alianza entre socialistas y republicanos de izquierda y afianzar el sistema democrático ante unos enemigos potentes.

No cabe duda que esta perspectiva inspiró el Frente Popular pero nos engañaríamos si pensáramos que fue la única perspectiva. La otra perspectiva, la de aquellos que pensaban que los socialistas tenían que mantener su independencia, que había que afianzar la unidad de acción de los dos grandes sindicatos y que a su vez había que proceder a una bolchevización del partido socialista para expulsar a los elementos más tibios, más centristas, más liberales y concentrar la energía en un partido llamado a realizar la revolución obrera, está presente en los seguidores de Largo Caballero y en la radicalización de las juventudes socialistas.

La historia de ese desencuentro entre prietistas y caballeristas tiene momentos decisivos tanto en la primavera del 36, tras la victoria del Frente Popular, como en mayo del 37 en plena guerra civil con la salida de Caballero de la presidencia del gobierno. La derrota en la guerra civil y la experiencia amarga de aquella generación de socialistas exiliados provoca que, para ellos, octubre del 34 sea sólo un momento más de una historia trágica donde aquellos sucesos hay que conectarlos con el golpe del 18 de julio del 36, el abandono de las democracias europeas con la política de no intervención y el final dramático de la guerra civil con los sucesos ocurridos en marzo del 39 con la Junta de Casado.

Tras la guerra mundial, cuando se lanzan a la reconstrucción del partido socialista, lo que quieren tanto prietistas como caballeristas es pasar la página. No quieren volver a las querellas del pasado, quieren concentrar los esfuerzos en no perder la posibilidad de conseguir traer la democracia a España y de ahí el pacto entre antiguos caballeristas como Rodolfo Llopis con Indalecio Prieto para buscar una estrategia común. Una estrategia en la que también participarán besteiristas como Andrés Saborit. No es tiempo de reproches; es tiempo de unidad. Los reproches se dejan para los de fuera: fundamentalmente para los comunistas a los que nunca dejarán de recordar su política de enaltecimiento del liderazgo de Caballero para dejarlo caer; a los que tampoco perdonarán su evolución drástica desde la crítica a la política de los socialistas durante el bienio reformista, hasta su responsabilidad en los sucesos de mayo del 37 en Barcelona.

Pero todo ello queda en el pasado porque sueñan con volver a España, con acabar con la pesadilla y terminar con la dictadura de Franco. La terrible y larga espera provoca que vayan muriendo aquellos grandes líderes socialistas y que sea muy difícil reconstruir su legado. No obstante, es evidente que la perspectiva que va a imperar es la que defiende Indalecio Prieto. Prieto, ya en el año 1942, expresa su crítica a lo ocurrido en octubre del 34 y entona su *mea culpa*. Asume su responsabilidad en hechos que considera completamente desacertados.

Caballero también da su versión en su obra *Cartas a un amigo,* pero su influjo será mucho menor. Caballero sale del campo de concentración en 1945 y muere en 1946. Prieto vive hasta 1962 y es el que marca la línea. Curiosamente una línea donde la discusión no se va a situar entre los que reivindican la república del 14 de abril y los que piensan que ha llegado el momento de la revolución obrera; la discusión se ha desplazado y ahora de lo que se trata es de intentar acabar con la dictadura aunque ello implique no imponer como condición *sine qua non* una salida republicana. Esta posición de autocrítica a la perspectiva revolucionaria del 34 y de defensa del entendimiento con la derecha democrática para facilitar la transición es la que Prieto auspicia en los años cuarenta y es la perspectiva que, fracasando entonces, triunfa en los años setenta al producirse la transición a la democracia.

III) El significado de los años treinta durante la transición

A partir de las obras de Gabriel Jackson, de Paul Preston, de Malefakis y de historiadores españoles como Santos Juliá va a imponerse el planteamiento prietista y la crítica a los hechos de octubre del 34. En esta perspectiva se trata de enfatizar

lo que lúcidamente había señalado Azaña: no se podían consolidar las instituciones republicanas si se procedía a romper el pacto constitucional. Ello pasaba por reconocer los resultados electorales, por respetar la alternancia en el poder, por dirimir pacíficamente los conflictos, por evitar que las disputas entre partidos derivasen en conflictos existenciales donde no cupiera ningún acuerdo y sólo fuera posible vencer o morir.

La transición española a la democracia no hacía sino recoger lo que era la experiencia de los países europeos tras la segunda guerra mundial. Para todos ellos fue posible conectar la democracia competitiva de partidos con un Estado del bienestar keynesiano, donde imperara un gran consenso acerca de la compatibilidad entre las exigencias empresariales y el poder de los sindicatos; entre la lógica de acumulación privada y la legitimación pública. El modelo estaba funcionando en Europa hacía años y no había que ser demasiado originales; la especificidad española viene de que no se puede asociar este modelo al consenso antifascista de los años cuarenta.

Pensemos que si se hubiera producido la transición a la democracia en España en los años cuarenta el significado de la experiencia republicana hubiera sido muy distinto. Largo Caballero hubiera aparecido como el Presidente de un Gobierno recluido durante años en un campo de concentración, y hubiera devenido uno de los símbolos más potentes del antinazismo; al igual que Besteiro hubiera aparecido como víctima de la crueldad del franquismo y Prieto como símbolo de la lucidez democrática; Gil Robles hubiera subrayado su identificación con los valores de las democracias cristianas que aparecían en Europa con figuras críticas con el nazismo como Adenauer en Alemania o De Gasperi en Italia. Para poder ser homologable a las nuevas fuerzas políticas, que estaban realizando la construcción europea, Gil Robles hubiera subrayado su alejamiento de cualquier proclividad autoritaria o dictatorial y hubiera entonado todo tipo de *mea culpa* sobre su conducta en el pasado.

Nada de eso ocurrió y por ello sólo cabe hacer una historia contrafáctica que muestre que aquellos hombres hubieran sido recibidos como héroes del antifascismo, como luchadores que se batieron frente a la pasividad o la impotencia del proletariado alemán, de los trabajadores austríacos o del Frente Popular en Francia. Pero para que hubieran podido aparecer como héroes a nuestros ojos era imprescindible haber podido acabar con la dictadura en los años cuarenta.

No fue así y sólo mucho tiempo después comenzamos a tener una nueva perspectiva sobre lo ocurrido, una perspectiva que está vinculada a todo el debate sobre la recuperación de la memoria histórica. Durante años se pensó que echar al olvido las querellas era una de los mayores aciertos de la transición política española. Ese echar al olvido los agravios no implicaba carecer de una interpretación de la historia de España. La que fue prevaleciendo es la que se basaba en la interpretación de Salvador de Madariaga y en el proyecto del joven Ortega.

Para Madariaga la historia de la España de los años treinta había quedado marcada por los extremismos de dos franciscos y por la marginación de un tercer francisco. Había dos franciscos cegados por su extremismo (Francisco Largo Caballero y Francisco Franco) y un tercer Francisco marginado y sensato (Francisco Giner) que había sido olvidado por unos y otros. Madariaga reivindicaba así el papel de la tercera España frente a las dos Españas extremistas y cegadas por la violencia.

Esta interpretación de los males de la historia de España proponía un remedio. Evitar los excesos, la violencia, el dramatismo en el que todos habían incurrido y seguir la senda de la paz, de la concordia, de la razonabilidad, de la cordura.

Ese discurso iba unido al proyecto del joven Ortega de pensar que España era el problema y Europa la solución. Si en Europa, a pesar de las guerras mundiales, habían encontrado el camino del consenso, del acuerdo, de la concertación, este debía ser también nuestro proyecto dejando atrás una historia negra de violencia y de crueldad.

Pienso que esa perspectiva duró muchos años en España; quizás hasta mitad de los años noventa del siglo pasado. Es a partir de ese momento, con el renacer del interés de los nacionalismos por avivar su identidad y por la reacción de los grupos conservadores por reconstruir su visión de la historia de España, como vamos dándonos cuenta de las carencias de la transición y de la necesidad de dar mayor relevancia a nuestra propia interpretación de la historia. La izquierda comienza a reaccionar lentamente cuando se da cuenta de que la pugna por el pasado marca a la propia democracia española. Digamos algo de esto para terminar.

IV) La memoria republicana perdida

De alguna manera, octubre del 34 o mayo del 36, o mayo del 37 o marzo del 39 son sucesos que al provocar interpretaciones tan enconadas en el mundo de las izquierdas son siempre vistos con cautela y precaución, con cierta prevención. Son acontecimientos que acaban mal: una huelga general que no es secundada en el resto del país; una división de los socialistas que impide que Prieto acceda a la presidencia del gobierno; una crisis del gobierno que provoca la salida de Caballero demonizado por sus antiguos aliados; un final catastrófico de la guerra donde los conflictos internos van acompañados del final trágico de la guerra civil.

La catarata de acontecimientos de signo trágico es de tal dimensión que sólo cabe pensar en dos opciones: o seguir profundizando en las razones de cada uno de los actores del drama o pasar la página y situar aquello como un mundo lejano que poco tiene que ver con nosotros.

Por eso me parece tan importante la perspectiva contrafáctica. No porque no sea necesario e imprescindible el trabajo de los historiadores sobre cada uno de estos hechos; no porque no sea inevitable que cada uno nos decantemos por uno u otro de los protagonistas, pero lo importante es que los hechos no nos impidan ver el bosque.

Frente a una interpretación del drama español como algo vinculado a una maldad específica de nuestra forma de ser que nos haría propensos a la violencia y al odio, a la enemistad y al exterminio, hay que decir que es tal la cantidad de información acumulada de lo que fue el Fascismo en Italia y el Nazismo en Alemania que es imprescindible volver a enmarcar nuestro drama en un contexto más amplio. El drama español se jugó en un contexto donde las potencias democráticas nos abandonaron frente a Italia y a Alemania y nos volvieron a abandonar por imperativos de la guerra fría. Si no hubiera sido así, si hubiéramos podido engarzar con el viento democrático de los años cuarenta, el significado de los hechos más dramáticos de los años treinta,

incluso de octubre del 34, sería el recuerdo de unos héroes que fueron derrotados pero que vieron el peligro más claro que los alemanes y que los austríacos, que no pudieron vencer pero que merecieron ser justamente honrados en las calles de España a partir del triunfo de las democracias. Esa es la historia que no pudo ser pero que es la que no debemos olvidar a la hora de pensar aquellos terribles años treinta.

Adolfo Sánchez Vázquez
Diario *La Jornada* (México D.F.), sábado 9 de julio de 2011
Foto: Luis Humberto González